GLOSA A UNA ELEGÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ (COMUNICACIÓN)

Por
JOSÉ MARÍA PADILLA VALENCIA
Universidad de Sevilla

En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.

1.– Nacido de la tierra

Eran las cinco y treinta de la tarde –hora eminentemente lorquiana– de un 28 de marzo de 1942 cuando, tras un itinerario de soledad y de muerte –fruto de su filiación izquierdista cuando sonó la voz de las intransigencias de la asoladora e «incivil» Guerra Española, y digo «incivil» porque ninguna guerra es civilizada y menos la nuestra del 18 de julio de 1936–, arrastrando su cuerpo a empeyones de cárcel en cárcel («Rosal de la Frontera y de las Acacias, Huelva de los Padrares, Sevilla de los Azahares, Torrijos de las Nanas, Orihuela la del Segura, Yeserías de las Inmisericordias, Conde de Toreno de los Juicios, Palencia de las Nieves, Ocaña de las Muertes y la final de Alicante de las Sepulturas»[1]), recibiendo un trato inhumano, desgarrador y escalofriante de palizas, hambres, garras y juicios manejados, su cuerpo en pura llaga –quizás estuviera en la mente de las «garras intransigentes» la idea de para qué curarlo y atenderlo cuando la muerte era segura–, llegó el cuerpo maltrecho del joven de las vitalidades y del hombre de las hombrías a la cárcel de Alicante, final del agónico trayecto, solitario y aterido. Allí llegó este joven poeta con la mirada de un mirlo y la voz de canela; destrozado por fuera y por dentro, jirones de su alma de hombre del campo, de poeta auténtico, de ideales altruistas, habían ido dejando una estela de dolor y de muerte. En el pueblo estaban su hijo y su mujer; la tierra le tiraba fuertemente, la querencia abrumaba su pensamiento, la familia sufriente le partía el alma. Murió con los ojos abiertos, no se los pudieron cerrar. «Quizá milagro de la eternidad: ojos abiertos para subir a las estrellas y recalar en las profundidades»[2]. El parte que dieron las tiránicas voces hiela la sangre de las venas; un sudor frío recorre todo el cuerpo y se estremece lo más hondo del ser: «Relación de los efectos propiedad del fallecido hoy a las cinco y treinta horas, Miguel Hernández Gilabert: un mono, dos camisetas, un jersey, una camisa, un calzoncillo, dos fundas de almohada, una correa, una servilleta, dos pañuelos, un par de calcetines, una manta, una cazuela, un bote. Pase a desinfección y desde allí a almacenes de administración. El oficial. Alicante a 28 de marzo de 1942».

Existe un dato, después del itinerario de sangre que recorrió el poeta oriolano, que crispa los nervios del ser más pacífico: al parecer, Miguel Hernández se hubiera podido haber salvado si hubieran encontrado las veinticinco pesetas que necesitaban para llevarlo al sanatorio de Porta Coeli; el dinero no se encontró, no se recaudó lo suficiente, en aquellos años de hambre agonizante y de miseria abrumadora, y el poeta murió en la más triste de las soledades. Muerte que después nadie asumió –cómo podría ser de otra

manera– y que pasó al silencio más aterrador que jamás se pudiera concebir. Sí, digámoslo otra vez, allí, en la sombría y lóbrega cárcel alicantina, se derritió como una vela, el cantor de la vida, el amor y la muerte. Rafael Alberti, recordando al joven muchacho que conoció lleno de vitalidad en el Madrid del cafetín y las tertulias, y teniendo la muerte del poeta en la retina de sus ojos, escribe:

> Mas ahora, después de resonado, como un hondear de haberes en júbilo, después de condenado, golpeado, tundido el pecho a borbotón de sangre por campos de concentración y mazmorras, nuevamente Miguel, desesperadamente Miguel vuelve a la tierra, al negro hoyo definitivo. Que no lo han abierto manos campesinas, alegres manos hortelanas, frescas de paz y relente. Que eran lentas, heladas, las que lo han cavado, metiéndomelo ahí, enconados, violentos, pensándolo ya mala semilla muerta, rizoma seco, sin sustancia para la sembradura. Pero no saben esos tristes que hay vientos rastrojeros, lluvias benéficas, abonos vivificadores para ciertas raíces, baldías al parecer, para deteminadas tierras que ya se creen exhaustas.
>
> Mientras tanto, llórenlo en su flautín de avena algún serio zagal de sus valles poblanos, con tal poder de ahogo, que haga marchar a todos los rebaños dispersos hacia los verdes pastizales del día cierto de la esperanza[3].

Su procedencia no podía ser más pobre: de origen campesino, es decir, hendidas sus raíces en lo más hondo del pueblo, y de ilusiones enamoradas. En su niñez fue pastor de cabra –el oficio más humilde de los oficios–, pero, despertada en él el ansia de saber, devoraba libros y fue autodidacta. Poeta desde muy temprana edad porque la pasta la llevaba dentro, aunque sus padres, sin saber lo que el hijo vislumbraba y se manifestaba en cierne, pues su analfabetismo no llegaba a ver y calibrar la creación poética que emanaba y brillaba de su hijo, pusieron freno a su talento. Nos parece que no existe frase más exacta que la que hemos empleado –«nacido de la tierra»– para definir su origen y procedencia. Siempre le tiraba su hábitat natural: el campo, y nunca renegó de sus raíces; mas, al contrario, en su pensar y comportamiento se manifestaba la fresca fragancia de su procedencia. Vicente Aleixandre recuerda cómo en una de las cartas recibidas del poeta, firmaba de esta manera:

> Miguel Hernández,
> Pastor de Orihuela.

El mismo Aleixandre lo recuerda en su espontaneidad y frescura, en su alma sin doblez alguna y en sencillez cincelada. Nos parece de interés la descripción física que nos hace del poeta, pues refleja con exactitud su condición y sus sentires:

> ...Yo le evoco en aquella primera temporada como una fuerza de primavera metida en la primavera: abril, mayo, junio. Primavera de campo. En esos casi comienzos de verano, cuando han brotado los árboles y el aire brilla con potestad de cielo y la naturaleza parece poderle a la ciudad, Miguel era más Miguel que nunca. También él, al ritmo natural, semejaba arrimado en esa onda de verdad que enverdecía a Madrid y lo coloreaba.
>
> Algo tenía en esas horas que le hacía aparecer como si siempre llegase de bañarse en el río. Y muchos días de esos llegaba, efectivamente.. «¿De dónde vienes, Miguel?» «¡Del río!», contestaba con voz fresquísima. Y allí estaba, recién emergido, riendo, con su doble fila de dientes blancos, con su cara atezada y sobria, su cabeza pelada y su mechoncillo sobre la frente.
>
> Calzaba entonces alpargatas, no sólo por su limpia pobreza, sino porque era el calzado natural a que su pie se acostumbró de chiquillo y él recuperaba en cuanto la estación madrileña se lo consentía. Llegaba en mangas de camisa, sin corbata ni cuello, casi mojado aún de su chapuzón en la corriente. Unos ojos azules como dos piedras límpidas sobre las que el agua hubiese pasado durante años, brullaban en la

faz térrea, arcilla pura, donde la dentadura blanca, blanquísima, contrastaba con violencia como, efectivamente, una irrupción de espuma sobre una tierra ocre.

La cabeza, de la que él había echado abajo el cabello sobrante en otros, era redonda y tenía un viso acerado en su pelo corto, con un signo de energía en el remolino de la frente, corroborado en los pómulos saledizos, pero dementido en su entrecejo como si quisiera abrir una mirada cándida sobre el mundo entero que con él se correspondiese.

Algunas veces, él y Pablo –se refiere a Pablo Neruda– y Delia y yo salíamos por el vecino campo de la Moncloa, y, al regresar hacia casa, ya en el parque, «¿dónde está Miguel?», preguntaba alguno. Oíamos sus voces, y estaba echado de bruces sobre un arroyo pequeño, bebiendo, o nos saludaba desde un árbol al que había gateado y donde levantaba sus brazos cobrizos en el sol de Poniente[4].

La cita ha sido extensa, pero nos parecía de interés fundamental al hacer Aleixandre el retrato físico y psicológico del poeta de Orihuela. Espontaneidad, llaneza, corazón derrado, ilusión, ansias de vivir a pulmón abierto, sinceridad, pobreza –pobreza asimilada sin renunciar un ápice de sus orígenes–, frescura, volcán en erupción, semilla dispuesta, humanidad en las humanidades; todo esto, y mucho más, era el joven y el hombre Miguel Hernández, cegada su vida en la flor ilusionada. Así era Miguel: espontaneidad en el vivir, manantial en el crear. De su pluma privilegiada salieron versos ilusionados, versos cálidos, versos llenos de ternura, versos de amor y de amar, versos de vida y de muerte, trilogía temática fundamentalmente hernandiana. Poesía en carne viva, telúrica, estremecedora, llena de emoción y de pálpitos sentidos, desprovista de toda retórica supérflua; poesía vertical, incisiva unas veces, reposada las menos. El Dr. Odón Betanzos Palacios, especialista en temas hernandianos, ha llegado a escribir:

Su voz es nueva y original; la tierra suya, su universo, se manifiesta en arrastre de voz y corazón; la amada es impulso que lo cerca y acorrala, se dice en ojos de distancia, en chispa electrizante de amor desnudo; la carne, tan fuerte en él, impone sus latidos. Esa poesía, en sonetos sobre todo, da la impresión de cien toros de fuerza que embistieran al mismo tiempo. Y para dejar concluido el ciclo: sino sangriento, agonías interiores, sensación de muerte en sus entrañas, cerco de los infinitos, como presintiendo la muerte en guerra, cárceles y horizontalidad de los fríos y de las nadas, hoyo en definitiva.

Y si esa es la fuerza que lo hace, lo trae, determina y lo lleva, lo que le nace es todo en autenticidad[5].

Este es el hombre Miguel Hernández; éste el poeta, éste el ser que se da en ansiedades. Su corazón era todo pálpito en el sentir y en el obrar; por ello, salían de su pluma versos como los que son el motivo de este trabajo nuestro.

2.– El poema y su estructura

Si el hombre es como lo hemos descrito: todo fuerzas, bríos, ganas de vivir y de vivir a chorro, como un manantial, su poesía, todo lo que escribió, no pudo ser menos: pasión, amor, bravura de cien toros, angustia en soledad y en muerte.

De ese manantial de emoción y sensibilidad, de solidaridad y de fidelidad a una amistad desde la infancia –sin influir para nada las marcadas diferencias sociales– brotó con fuerza inusitada, con rabia incontenida y con dolor que le llegó hasta lo más hondo de su ser, como si fueran puñales clavados en sus entrañas, la elegía desgarradora a su entrañable amigo Ramón Sijé que, según la opinión de acreditados e ilustres críticos, le inspiró su mejor poema, «una de las dos o tres elegías más impresionantes de la lírica

española y, sin duda, el mayor poema de la amistad que se ha escrito entre nosotros»[6]. A este incomparable poema queremos dedicar lo que sigue de nuestro trabajo.

Antes de transcribir el poema (su obra maestra), hemos de hacer mención a las palabras que figuran en el frontispicio –permítanme este simil arquitectónico– del mismo; no sabemos si darle el nombre de epitafio, pues de muerte se trata, en el que sintetiza y preconiza lo que después vendría. Dichas palabras son éstas: «En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería».

La muerte de su amigo en plena juventud supuso para el poeta un duro mazazo. El dolor que le embarga va aumentando progresivamente hasta llegar a una intensidad inusitada en los versos 25-33; posteriormente, de forma brusca y como si fuera un mar embravecido que de repente se calma de manera sorpresiva, pasa a un tono suave, como si de una persona extenuada se tratase, evocando un imposible retorno del amigo. Versos inolvidables que transcribo:

	Yo quiero ser llorando el hortelano	11A
	de la tierra que ocupas y estercolas	11B
	compañero del alma, tan temprano.	11A
	Alimentando lluvias, caracolas	11B
5	y órganos mi dolor sin instrumento,	11C
	a las desalentadas amapolas	11B
	daré tu corazón por alimento.	11C
	Tanto dolor se agrupa en mi costado,	11D
	que por doler me duele hasta el aliento.	11C
10	Un manotazo duro, un golpe helado,	11D
	un hachazo invisible y homicida,	11E
	un empujón brutal te ha derribado.	11D
	No hay extensión más grande que mi herida,	11E
	lloro mi desventura y sus conjuntos	11F
15	y siento más de tu muerte que mi vida.	11E
	Ando sobre rastrojos de difuntos,	11F
	y sin calor de nadie y sin consuelo	11G
	voy de mi corazón a mis asuntos.	11F
	Temprano levantó la madrugada el vuelo,	11G
20	temprano madrugó la madrugada,	11H
	temprano estás rodando por el suelo.	11G
	No perdono a la muerte enamorada,	11H
	no perdono a la vida desatenta,	11I
	no perdono a la tierra ni a la nada.	11H
25	En mis manos levanto una tormenta	11I
	de piedras, rayos y hachas estridentes	11J
	sedienta de catástrofes y hambrienta.	11I
	Quiero escarbar la tierra con los dientes.	11J
	quiero apartar la tierra parte a parte	11K
30	a dentelladas secas y calientes.	11J
	Quiero minar la tierra hasta encontrarte	11K
	y besarte la noble calavera	11L
	y desamordazarte y regresarte.	11K
	Volverás a mi huerto y a mi higuera:	11L
35	por los altos andamios de las flores	11LL
	pajareará tu alma colmenera	11L

	de angelicales ceras y labores.	11LL
	Volverás al arrullo de las rejas	11M
	de los enamorados labradores.	11LL
40	Alegrarás la sombra de mis cejas,	11M
	y tu sangre se irá a cada lado	11N
	disputando tu novia y las abejas.	11M
	Tu corazón, ya terciopelo ajado,	11N
	llama a un campo de almendras espumosas	11Ñ
45	mi avariciosa voz de enamorado.	11N
	A las aladas almas de la rosa	11Ñ
	del almendro de nata te requiero,	11O
	que tenemos que hablar de muchas cosas,	11Ñ
	compañero del alma compañero[7].	11O

Fácilmente se advierte que el poema está formado por 49 versos formando tercetos encadenados que le da al poema un ritmo muy peculiar, y termina con un serventesio. Todos los versos tienen una única medida: son versos endecasílabos de arte mayor; su rima es la consonante, total o perfecta, con el esquema siguiente: el primer verso de cada terceto rima con el tercero, y el segundo verso con el primero y tercero del siguiente terceto, quedando todos ellos engarzados como eslabones de una misma cadena.

Obviamos cualquier explicación léxica por sabida y, tal vez, por evidente, y nos adentramos directamente en el amplísimo mundo de su contenido. Añadir, además, que el poema es el número 29 del libro *El rayo que no cesa* (1934-1935) y publicado en 1936 –cuya aparición significa la plena madurez de estilo del poeta, como muy bien es sabido–; libro cuyo título original aparece en el manuscrito como *El silbo vulnerado*. El poema está fechado el día 10 de enero de 1936, fecha muy próxima a la del fallecimiento de su amigo con la primavera en sus manos en la flor de sus edades. Y decimos «próxima» porque los manuales y los diferentes autores no son coincidentes en dar una fecha exacta del fallecimiento de Ramón Sijé: unos la fechan en diciembre de 1935 y otros en enero de 1936. Como quiera que ambas fechas están sumamente próximas, no creemos que la mencionada diferencia tenga relevancia alguna. Miguel Hernández escribió su desgarradora elegía teniendo todavía muy reciente el fallecimiento del amigo íntimo, convulsionado y retorcido su espíritu por tamaña pérdida.

3.– El contenido

La separación definitiva de aquel amigo de su pueblo natal, de distinta categoría social a la suya, ya apuntada por nosotros, pero que la amistad sincera había borrado desde los comienzos toda diferencia, le había calado tan hondo que su muerte le desgarró el alma; su dolor implacable le llegó hasta la médula de sus huesos, el corazón se le heló, sus entrañas se sacudió como un movimiento telúrico y plasmó todos sus sufrimientos y sentimientos en la elegía objeto de nuestro trabajo. Marie Chevallier ha escrito, refiriéndose a este poema: «Los lazos de amistad rotos por la muerte de Ramón Sijé procuran la ilustración más escandalosa del destino de desgracia que pesa sobre el hombre»[8]. Canto elegíaco, lleno de fuerza, de ira contenida y de dolor inmenso. Sin lugar a dudas, esta elegía juntamente con el poema «Nanas de la cebolla» (dedicado a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía que no comía más que pan y cebolla) son los dos más conocidos de la producción lírica de Miguel Hernández.

No sabemos si hablar de destino, de conjuras o de pura casualidad; lo cierto es que Miguel Hernández acompañó muy pronto a su amigo en la sepultura (tan sólo cinco

años y algo más) al morir cuando contaba únicamente con 32 años; de cualquier manera, joven uno y joven el otro. La barbarie desató los instintos de muerte del ser humano y se oyó la intransigencia pronunciar su veredicto: –¡Muerte, desolación, aplastamiento, aniquilación...!–. Y cayó el poeta; su voz enmudeció, se paralizó; su pluma se congeló y un grito quedó inarticulado en su garganta. Si de la muerte segadora, traicionera y vengativa una dura experiencia en la persona de su amigo más querido tuvo el poeta, ¿qué pensaría cuando la vio venir que iba derecha a su encuentro ineludible? Nos parece que de ello es una fiel muestra el poema que comentamos.

Aludimos más arriba a las palabras que introduce el poema. De ellas, tres son las que destacaría: el pronombre personal «me» porque hace suya la muerte de su amigo; pone de manifiesto con voz estremecida que ha perdido a un ser muy querido por él y muy próximo a su vida, de ahí su dolor inmenso; la voz «rayo» porque alude a lo fulminante que fue la muerte de Ramón Sijé y, por último, la voz «quería» –sustituyéndola nosotros por el sustantivo «amor»– porque sintetiza una de las vertientes de su poética: la vida, el amor y la muerte, y porque pone de relieve la autenticidad de su amistad. Fueron dos personas que amaron intensamente –el poeta así lo manifiesta– la vida, y la muerte truncó la felicidad que los unía. Sirvan estas palabras de resumen de la vida del poeta y de introducción al poema elegíaco.

En cuanto a la temática del poema, podríamos denominarla como monocorde o monocromática, utilizando los símiles de la música y de la pintura respectivamente. Un hilo conductor, estremecedor y dolido recorre todo el poema; una angustia desesperada invade al poeta; «un hachazo invisible y homicida» le ha arrancado de su vida al ser con quien tanto había amado. Por ello, creemos que se podría determinar el tema del poema con estas breves palabras: el sentimiento de dolor y angustia, y desesperación total que al poeta le embarga por la pérdida fulminante del amigo.

Aún siendo una sola la temática de la elegía, nosotros distinguiríamos tres partes en ella: la primera agruparía los seis primeros tercetos a través de los cuales Miguel Hernández manifiesta hasta dónde le ha calado la repentina muerte de su gran amigo. Una segunda parte la formarían los cinco tercetos siguientes; en ellos el poeta da riendas sueltas a su ira implacable, rayando la locura, que le hace gritar: «Quiero escabar la tierra con los dientes, / quiero apartar la tierra parte a parte / a dentelladas secas y calientes» (vv. 28-30); por último, una tercera parte compuesta por los cuatro últimos tercetos y el serventesio final a través de los cuales el poeta hace una declaración de intenciones del todo imposible: desea encontrarse con su amigo nuevamente como si de un milagro se tratase: «Volverás a mi huerto y a mi higuera» (v. 34) porque «tenemos que hablar de muchas cosas, / compañero del alma, compañero» (vv. 48-49). Pero vayamos ordenadamente en nuestra exposición y análisis.

Decíamos del dolor tan inmenso que le había causado al poeta la pérdida definitiva de su amigo. Pues bien, a través de los seis primeros tercetos Miguel Hernández ha sabido plasmar en sentidos versos su profundo pesar; el poeta llora, sufre, experimenta un dolor sin límites, intensísimo, y no encuentra el consuelo ni el pañuelo para sus lágrimas; la pena ha invadido todo su ser de hombre fiel a una amistad que se remontaba a su niñez. Con versos conmovedores e hirientes va describiendo cuál es el grado de sufrimiento que le puede; señalaremos algunos de ellos. Ya en el primer terceto aparece el verbo «llorar» en su forma de gerundio simple –«llorando»–, haciendo además una alusión a dos aspectos importantes del hecho de la muerte de su amigo: por un lado, su sufrimiento, imposible de aplacar, al aludir a la desaparición física de Ramón Sijé y cómo el suelo se está nutriendo y abonando con su cuerpo putrefacto: «de la tierra que ocupas y estercolas» (v. 2); por otro, a la repentina muerte de Ramón Sijé cuando la

juventud afloraba por los poros de todo su cuerpo: «un manotazo duro, un golpe helado, / un hachazo invisible y homicida, / un empujón brutal te ha derribado» (v. 10-13). He aquí otros versos en donde se puede calibrar hasta dónde le llegó el dolor tan inmenso por la pérdida de su amigo; a través de ellos se puede captar el sentido exacto de su desgarro total: «Alimentando lluvias, caracolas / y órgano *mi dolor* sin instrumento» (vv. 4-5), «Tanto *dolor* se agrupa en mi costado, / que *por doler me duele* hasta el aliento» (v. 8-9), «No hay extensión más grande que *mi herida*, / *lloro* mi desventura y sus conjuntos / y *siento* más tu muerte que mi vida» (vv. 13-15), «Ando sobre rastrojos de difuntos, / y sin calor de nadie y *sin consuelo* / voy de mi corazón a mis asuntos» (vv. 16-18). Creemos que los versos transcritos expresan fielmente hasta qué punto caló en Miguel Hernández esta trágica muerte.

¿Y cómo expresa el poeta tan tamaña tragedia? El terceto cuarto lo explica, ¡y de qué manera!: «Un manotazo duro, un gope helado, / un hachazo invisible y homicida, / un empujón brutal te ha derribado» (vv.10-12); y en el terceto séptimo escribe: «Temprano levantó la muerte el vuelo, / temprano madrugó la madrugada, / temprano estás rodando por el suelo» (vv. 19-21), alusión clara a la juventud de Ramón Sijé.

Apuntábamos que, en la segunda de las partes en que hemos dividido el poema, Miguel Hernández había dejado escapar toda la ira contenida, toda su rabia y, a un tiempo, su evidente impotencia ante el hecho sin retorno. Son los tercetos del nueve al once los que evidencian hasta dónde esa incontenible ira había llegado: hasta el peldaño más alto. El léxico empleado en estos tercetos es de lo más fuerte y violento que existe; en nuestra opinión, el poeta no pudo encontrar otras palabras que describieran mejor su estado de ánimo. Nos parece que por sí solos se definen y nombran (cfr. vv. 25-33). Si fuera posible, Miguel Hernández querría devolver la vida a su entrañable amigo, mas no es imposible, aunque en el estado emocional en que se encontraba le pareciera viable.

Un canto a la vida y a la amistad entregada sigue a los tercetos airados que hemos visto. Quizás con el sosiego o el delirio llegado después de tanto sufrimiento, Miguel Hernández describe los parajes más hermosos por donde el alma de su amigo caminaría; y así, habla de «huerto», «flores», «angelical», «arrullo», «enamorado», «alegría», «terciopelo», «almendras espumosas»...

El poema concluye, como ya sabemos, con un bello serventesio lleno de amor y de locura; el poeta se dirige a su amigo como si estuviera presente. La realidad es otra bien distinta, pero su corazón desea y anhela ver cumplidos todos sus propósitos (cfr. vv. 46-49).

A Miguel Hernández le quedó la palabra desnuda para modelar y crear versos sentidos y comprometidos. La Guerra Civil Española le hizo tomar la decisión de militar en el bando de las izquierdas, el bando republicano. A partir de ahí, su poesía se convirtió en social y comprometida para volver de nuevo al intimismo. Su *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941) es todo un ejemplo de concisión en el decir y de la belleza en la expresión.

Como le sucediera a Federico García Lorca, también a él le acaeció: vida truncada y obra segada. Cuando ambos comenzaban a vivir en plenitud y sus obras alcanzar la plena madurez, les llamó la intransigencia vestida de muerte; el uno fusilado, el otro tuberculoso; los dos escribieron sus nombres en la Historia.

NOTAS

[1] Betanzos Palacios, Odón: «El poeta Miguel Hernández»; ABC de Madrid, 5-3-91; reproducido en la revista literaria *Silbos*, n.º 4, págs. 4-5.

[2] Ibídem.

[3] Gracia Ifach, María de: *Miguel Hernández*; Madrid: Editorial Taurus (primera edición, reimpresión), 1989, pág. 19.

[4] Ibídem, págs. 20-21.

[5] Betanzos Palacios, Odón: op. cit., pág. 5.

[6] Lázaro Carreter, Fernando y otro: *Literatura del siglo XX*; Madrid: Editorial Anaya, 1989, pág. 389; y *Literatura española*, de los mismos autores y Editorial, pág. 421 (no especifica fecha de edición).

[7] Tomamos el texto de Ediciones Orbis, S.A., 1982, págs. 167-169.

[8] Rico, Francisco: *Historia y crítica de la literatura española*, T VII; Barcelona: Editorial Crítica, pág. 704.